

LAS NACIONES UNIDAS ANTE LA MUERTE DE HAMMARSKJÖLD

De entre las muchas crisis que en estos años difíciles se abatieron sobre la Organización de las Naciones Unidas, posiblemente ninguna adquirió tan desmesuradas proporciones como ésta, generada por los acontecimientos subsiguientes a la precipitada concesión de independencia al Congo belga. No fué sólo el sistema, sino la misión misma de la Organización, su propia razón de ser, la que quedó tambaleante, vapuleada por la acción directa de Nikita Jruschov. La XV sesión ordinaria de la Asamblea General dejó tras de sí el recuerdo de los desmanes insolentes del dictador rojo y, sobre todo, de su brutal ataque a la persona del secretario general de la Organización, Dag Hammarskjöld. De aquellos días de lucha agria en el escenario de las Naciones Unidas, cuando la Unión Soviética presionaba para que Hammarskjöld se levantara y tomara la puerta, dejando así libre el camino para que prosperase su idea de un secretariado «troica», nos quedó la imagen de un hombre pequeño y frío, que hacía frente al huracán y ratificaba con su gesto—los codos en la mesa, el mentón hundido en los puños—lo que, pausada y resueltamente, había manifestado de palabra: la decisión de no marcharse, de permanecer en su sitio hasta el fin de su mandato. De acuerdo con su decisión, Dag Hammarskjöld, el famoso Mr. H., hubiera vuelto todavía una vez más a estar en su puesto, justamente ahora, durante un nuevo período ordinario de la Asamblea. Reelegido en septiembre de 1957, su mandato debía finalizar definitivamente en septiembre de 1962. Pero los que al verle debatirse con sangre fría contra la tormenta desencadenada sobre su cabeza, avanzaron el pronóstico de que aquello iba a significar el final del imperturbable secretario general, estaban muy lejos de suponer hasta qué punto iban a acertar equivocándose. Porque estaba escrito que Dag Hammarskjöld quedaría al frente de la Secretaría, pero una serie de acontecimientos en cuyo encadenamiento él tendría una participación decisiva, iban a llevarle a la muerte en un rincón olvidado de Africa. Su mandato

quedaría incumplido, y ante su sillón vacío la XVI Asamblea General, al día siguiente de su apertura, haría su elogio fúnebre.

* * *

Al contemplar hoy la figura del desaparecido secretario general sorprende su condición de símbolo. Su largo y complicado nombre había desaparecido oculto tras la simplificación expresiva de su *H* inicial. De esta suerte, Mr. H, con algo de la frialdad esquemática de una fórmula química, se había trocado para el hombre de nuestros días en el símbolo de la Organización en la que ostentaba el cargo de su más alto funcionario. Tanto daba decir Mr. H como Mr. N. U. Todo lo que una organización mundial tiene de imparcialidad y lejanía se encarnaba perfectamente en este hombre descrito por todos los que de él se han ocupado como una quintaesencia de la asepsia neutral sueca, exacto, siempre correcto, metódico, cerrado, tímido, trabajador incansable, y de cuya realidad humana y afectiva sólo pudo decirnos la impertinente publicidad que rodea a las grandes figuras, que era soltero, que gustaba de la poesía difícil y de la pintura abstracta—lienzos de Juan Gris y de Braque en su piso de Park Avenue—, y que en sus contados descansos se refugiaba en la soledad de su casa de campo, donde se entregaba a la lectura y a la tranquilidad de la naturaleza.

Las continuadas crisis y complicaciones internacionales llevaron su figura a los más diferentes puntos del planeta, como una expresión viva del universalismo de su misión y de la Organización a la que servía. Los postulados ideológicos a que ésta respondía—espíritu democrático y pacifista, defensa de la igualdad y de la autodeterminación de los pueblos—encontraron en él un paladín rígido y sin matices, y por lo mismo, inclinado al utopismo y al simplismo esquemático, de cuño liberal, que desprecia los accidentes del terreno. Cuando el 10 de abril de 1953, tres días después de haber sido elegido por la Asamblea General, expuso, luego de prestar juramento, el espíritu con el que asumía la responsabilidad de tan alto cargo, dijo, entre otras cosas: «Aporto a esta función una firme voluntad de consagrarme sin reserva a la obra de la Organización de las Naciones Unidas, en cumplimiento de sus elevados ideales... Estoy aquí para servirlos a todos... Estoy movido por el deseo de abordar todos los problemas con un espíritu imparcial.» Y, de forma acertada o equivocada, fué fiel en todo momento a estos propósitos y su vida se identificó plenamente con la vida de la Organización. Cuando ésta, como consecuencia de las complicaciones crecientes y del antagonismo de los grupos que cristalizaban en su seno y, sobre todo, del de las

grandes protagonistas, hubo de acentuar su internacionalismo y las responsabilidades inherentes a un papel más ejecutivo, Hammarskjöld se identificó plenamente con las necesidades sentidas por la Organización y se aplicó con denuesto a una tarea difícil y llena de riesgos. «Por consiguiente—escribe en la introducción a su última Memoria, fechada un mes exacto antes de su dramática desaparición—, al tratar de traducir en realidades prácticas en la vida internacional los principios democráticos básicos de la Carta, la Organización ha asumido un papel sumamente activo, y lo ha hecho con éxito, demostrando a la vez la necesidad y la posibilidad de tal acción.»

Se ha podido decir, como lo hizo el *Daily Express* al comentar la muerte del secretario general, que «la tragedia de Dag Hammarskjöld es que ha dado su vida por un ideal falso». Pero esto no es cierto ni en términos generales, referidos a la Organización y su misión, ni con particular referencia a la idea a que respondía la forma como la O. N. U. había orientado su actuación últimamente. Una cosa es que se pueda tachar a la Organización de inconsecuencia en muchas de sus actuaciones, de falta de resolución y de ignorancia de la realidad que trata de dominar, y otra que sea falsa su misión, sin sentido el ideal que lleva a los Estados a formar parte de una Organización mundial plenamente institucionalizada. A ese ideal y a esa misión se entregó Hammarskjöld, cualesquiera que fueran sus aciertos o sus errores, en buena medida no atribuibles a él estos últimos, sino al sistema que se articula en la Carta y a las fuerzas que operan en el plano internacional, determinadas por gravísimos errores políticos, cristalizados en conferencias de las grandes potencias celebradas al margen de la O. N. U. Es impensable la vida internacional actual sin una organización mundial con órganos permanentes y medios de actuación predeterminados en un texto escrito, y es igualmente impensable, si verdaderamente se quiere la paz y la seguridad de las naciones, que esa organización se mueva sólo en la esfera que corresponde a un «aparato estático de conferencias para resolver conflictos de intereses e ideologías con vistas a la coexistencia pacífica», sin arrostrarse a avanzar en el camino de crear el instrumento dinámico capaz de llevar a cabo acciones ejecutivas en nombre de todos los miembros de la organización, aunque con ello se multipliquen las responsabilidades y las posibilidades de error, como es inevitable al emprender un camino nuevo que señala la hora en que se vive.

El nombre de Hammarskjöld, esto es un hecho cierto, ha quedado indisolublemente unido a una etapa fundamental en la evolución de las Naciones Unidas. Desde el comienzo de su gestión como secretario general enten-

dió que su misión, para ser eficaz y para ponerse al ritmo que los acontecimientos actuales requieren, debía cumplirse sin constreñirle a los límites administrativos a que muchos querían reducir al jefe del Secretariado. Requerido a fines de 1954 por la Asamblea General para intervenir cerca del Gobierno de Pekín con objeto de obtener la liberación de los aviadores norteamericanos sometidos a prisión por los comunistas chinos bajo la acusación de espionaje, dirigió inmediatamente un mensaje al primer ministro chino, Chu En Lai, en el que proponía trasladarse personalmente a Pekín para negociar la cuestión. Cuando regresó en enero de 1955 parecía que aquel esfuerzo personal no había conducido a ningún resultado práctico, pero, sin embargo, fué indudablemente aquella gestión diplomática, en medio de unas circunstancias tan difíciles como la que determinaban la tensión entre los Estados Unidos y la China comunista, la que facilitó que un año después fueran puestos en libertad los prisioneros. Desde aquel momento hasta estos últimos meses, en que repetidas veces se trasladó al Congo para dirigir personalmente las negociaciones que pudieran encauzar la difícil situación creada en la ex colonia belga, el secretario general ha dado pruebas de que estaba firmemente convencido de la necesidad de que las Naciones Unidas, a través de las resoluciones adoptadas por el Consejo de Seguridad y mediante la acción ejecutiva que debía asumir el secretario general, debían luchar con tenacidad para hacer presente la Organización internacional en medio de las diferencias suscitadas en un mundo dividido.

Es evidente que no siempre acertó la Organización a adoptar aquellas medidas necesarias para garantizar la paz y la seguridad internacionales, pero no se puede negar que a esta difícil tarea se entregó Hammarskjöld con la resolución fría que correspondía a su cargo. Quiso hacer exponente con su conducta su convicción del dinamismo que las Naciones Unidas debían imprimir a su política. Sus errores fueron más bien errores del sistema y consecuencia del juego de tensiones que operaban en el seno del máximo órgano ejecutivo de la Organización: el Consejo de Seguridad. Escribía a este respecto, al comentar su desaparición, el periódico inglés *Guardian* que: «... sería más exacto decir que era el servidor de un mundo todavía no nacido: un mundo en el que la acción colectiva se impondría sobre el camino de la guerra; un mundo que él esperaba crear en la medida de sus posibilidades mediante su firme y entregado esfuerzo». E insistiendo en la misma línea al interpretar la actividad del secretario general, escribía también en iguales fechas otro periódico inglés, el *Daily Mail*: «La idea de

una autoridad supranacional comenzaba a dar sus difíciles e incluso inciertos primeros pasos.»

* * *

Su experiencia y, por tanto, también sus errores, han de constituir, sin duda, un motivo de seria reflexión para quien haya de sucederle con carácter definitivo. En este difícil cargo es necesario, además de un conjunto de cualidades personales, que, sin duda, se daban en el desaparecido secretario general, contar con una experiencia política que permita dominar los hechos tan complejos de la vida internacional con altura. Dag Hammarskjöld había atesorado antes de llegar a las Naciones Unidas una buena experiencia en el manejo de los negocios públicos y las gestiones diplomáticas. Al principio de su carrera pareció que iba a desarrollar su vida en un ámbito académico y teórico. Doctorado en Derecho y en Economía Política en la Universidad de Uppsala en 1933, fué nombrado profesor adjunto de Economía Política en la Universidad de Estocolmo. El único trabajo científico dentro del campo económico, de alguna extensión, de él conocido, es el de su disertación doctoral. Pero pronto abandonó las tareas docentes para iniciar una meteórica carrera a través de cargos de responsabilidad en la Administración pública. En 1936 fué requerido por el ministro de Finanzas, de filiación social-democrática, Wiegforss, para desempeñar el cargo de secretario general de su Ministerio, que ocupó hasta 1945. Al propio tiempo, de 1941 a 1948, fué presidente del Consejo de Administración del Banco Nacional de Suecia. En 1946 era consejero financiero del Ministerio de Asuntos Exteriores, con rango de ministro plenipotenciario, y en 1950 fué nombrado ministro de Estado y viceministro de Asuntos Exteriores.

Sus gestiones diplomáticas se habían iniciado ya en aquellos años en que era un brillante funcionario de las finanzas públicas de Suecia. En 1945 había intervenido activamente en las negociaciones de un primer tratado de comercio con la Gran Bretaña. Dentro del campo económico, pero en un plano más internacional, había también puesto de manifiesto su elevada preparación al actuar como representante de su país en la O. E. C. E., dentro de la cual ocupó en 1948-49 el cargo de vicepresidente del Comité Ejecutivo. Prestó además su valiosa colaboración en los trabajos del Consejo de Europa y en las VI y VII Asamblea General de las Naciones Unidas en calidad de vicepresidente y presidente, respectivamente, de la Delegación sueca.

El 31 de marzo de 1953 el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad una recomendación dirigida a la Asamblea por la que se la invitaba

a elegirle como secretario general de las Naciones Unidas, lo que ésta hizo el 7 de abril por 50 votos a favor contra uno (Argentina) y una sola abstención (la China nacionalista). Tres días más tarde Hammarskjöld prestaba juramento de su nuevo cargo. En abril de 1958 terminaban los cinco años de su mandato, y el Consejo de Seguridad, en su sesión de 26 de septiembre de 1957, se dirigió por unanimidad a la Asamblea de las Naciones Unidas, invitándola a renovar el mandato del secretario general. La Asamblea, en su sesión del mismo día, decidió por unanimidad la renovación por un nuevo período.

Tal es, reducida a unas cuantas fechas, la biografía de este hombre que en plena madurez ha desaparecido de la escena política internacional de una forma dramática.

En la introducción a su última Memoria, a la que más arriba hemos aludido, nos ha dejado un testimonio de cuál era su visión de las Naciones Unidas en el momento presente. Allí podemos ver claramente que su preocupación máxima se centraba en la oposición de los dos criterios que querían dominar entre los Estados miembros, y sobre todo entre las grandes potencias, en orden a la apreciación del papel que debían jugar las Naciones Unidas en los asuntos mundiales. Advierte que de una parte ciertos miembros «conciben a la Organización como un aparato estático de conferencias para resolver conflictos de intereses o ideologías con vistas a la coexistencia pacífica dentro del ámbito de la Carta, y cuya Secretaría no ha de considerarse como plenamente internacionalizada, sino como representativa, en sus filas, de aquellos intereses e ideologías». De otra parte, «otros miembros han dado claramente a entender que conciben a la Organización, primordialmente como un instrumento dinámico de los Gobiernos, por medio del cual éstos, conjuntamente y con el mismo propósito, deben buscar esa reconciliación, pero también tratar de idear formas de acción ejecutiva, emprendidas en nombre de todos los miembros y dirigidas a prevenir conflictos y a resolverlos una vez planteados por los medios diplomáticos o políticos apropiados, con espíritu y objetividad y en cumplimiento de los principios y propósitos de la Carta».

Todo el texto de la introducción es una defensa de esta última posición como única capaz de mantener los principios democráticos básicos de la Organización, y sobre todo el del imperio de la ley y el de la igualdad entre todos los Estados. Resulta verdaderamente dramático considerar que el secretario general de las Naciones Unidas ha encontrado su muerte precisamente como consecuencia de una acción emprendida por él en cumplimien-

to de la misión que se le había encargado en el Congo, pero que pugna, en cuanto a sus métodos de realización y a sus consecuencias inmediatas y futuras, con el pensamiento que él tenía de la función de las Naciones Unidas. Los famosos «cascos azules» de las Naciones Unidas estaban en el Congo para una misión pacificadora y tenían orden estricta de limitarse a ese cometido. Hammarskjöld aspiraba a resolver la cuestión congoleña evitando la secesión de Katanga y reuniendo las fuerzas dispersas y contradictorias bajo un Gobierno central. Tras esta orientación política se esconde un profundo desconocimiento de los factores geográficos, étnicos y sociales que operan en esa vasta región centroafricana, sin otra unión que la impuesta largo tiempo por su sometimiento a una misma acción colonial. Y desconocimiento también del significado de hombres, ideologías y rivalidades tribales impulsados por móviles que sólo la torpeza y la confusión reinantes pueden identificar con algo así como la conciencia nacional o el ansia de autodeterminación. Por encima de todo estaba la urgencia de imponer un criterio pacificador, único que corresponde a la Organización para la que Hammarskjöld reclamaba una acción ejecutiva allí donde la seguridad internacional estuviera amenazada. Sin embargo, la acción de policía emprendida contra los seguidores de Tshombe desencadenó una verdadera acción bélica, y las pacificadoras fuerzas de las Naciones Unidas se han trocado en beligerantes. El vuelo que llevaba al secretario general a un encuentro con el dirigente katangués para negociar un alto el fuego en una lucha que nunca debió haber sido, quedó truncado por causas no del todo aclaradas en un accidente que le ha costado la vida junto con todos sus acompañantes. Sobre las Naciones Unidas cayó con su desaparición toda la angustiada incertidumbre de una situación en la que él, una vez más, actuaba como símbolo.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

Octubre 1961.